

La vida en citas

Raúl García Flores
EAHNM - INAH

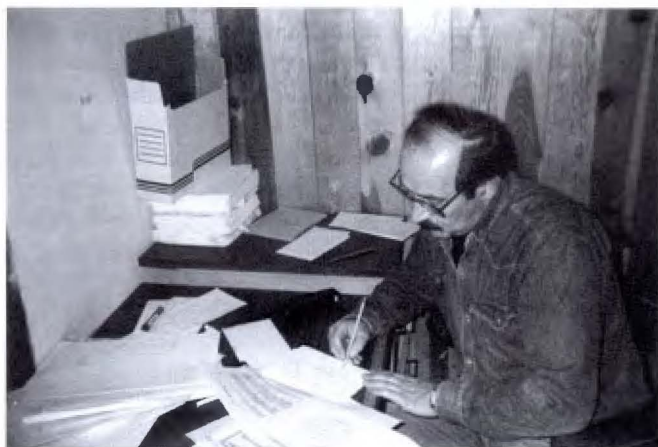


Imagen 7. Juan Luis Sariego en el rescate del archivo de Guachochi del Centro Coordinador Indigenista.

En múltiples ocasiones escuché a Juan Luis Sariego quejarse de la interminable solicitud de informes de trabajo, proyectos y del sempiterno currículum con documentación acreditable. Tarea fastidiosa, repetitiva y cruel con la naturaleza, porque ¡cuántos arbolitos mueren, convertidos en papel, cada vez que hay evaluación del Sistema Nacional de Investigadores!

Me parece que fue hace cuatro o cinco años cuando me lo encontré refunfuñando más que de costumbre por un reporte solicitado. No era por un informe habitual, de esos en que se pide una lista de frutos de investigación (“Podría notificarles que escribí La Vulgata de San Jerónimo y nadie se daría cuenta” solía afirmar), era el preludio a un rabioso dolor de cabeza. Los evaluadores del SNI consideraban bajarlo al Nivel II arguyendo que su producción científica no era “de largo aliento”. Ante esa pretensión, era necesario impugnar y solicitar una revisión de forma más o menos cauta, por lo que no podría incluirse el ramillete de adjetivos que brotaba de la boca de Juan Luis. Consideré que ese era el momento para que anexáramos al expediente una relación de citas que había preparado para él y cada uno de los profesores de la escuela. Parece que el fruto de ese ejercicio bibliométrico dio resultado ante las instancias evaluadoras y nos sirvió para comprender mejor su trayectoria.

Al analizar el conjunto de obras en que se cita a Sariego pudimos rebasar la frontera del cariño. Una cosa es mostrar el gran aporte de su labor y otra demostrarlo con pruebas fehacientes. La colección de 687 documentos en que fue referido,

contemplando artículos, libros y tesis, da testimonio parcial de la herencia que dejó. Y digo parcial porque se nos escapan muchas tesis de licenciatura que reposan en bibliotecas regionales, de artículos en revistas que no conozco o de libros con un alcance limitado, más cercanos a la divulgación. Eso no impide que podamos vislumbrar un poco de su impacto en el gremio de antropólogos, historiadores y sociólogos.

Si lo buscamos por temas, Juan Luis es citado en la gran mayoría de los estudios sobre minería en los últimos 30 años; consecuencia del aspecto anterior, también se siente su presencia en las obras dedicadas a la antropología del trabajo. Cuando juntamos minería y trabajo, es casi imposible obviar la faceta de la organización obrera y es esta la última faceta destacada del primer conjunto temático en el que sobresalen, como caballos en carrera parejera, dos libros publicados en el mismo año de 1988: “*Enclaves y minerales en el Norte de México*” y “*El estado y la minería mexicana*”, trabajo a ocho manos con Luis Reygadas, Miguel Ángel Gómez y Javier Farrera.

Quizá a muchos estudiantes les sorprenda el hecho de que Sariego no abordara en sus primeros estudios a los indígenas, el indigenismo y las políticas de desarrollo sino hasta su estancia en Chihuahua e incluso tardó algo más, pues fue en 1995 que publicó sus primeras observaciones sobre la Tarahumara. Pero una vez hecho, el caudal de citas lo colocó como un referente vital en Hispanoamérica, en particular con su tesis doctoral *La cruzada indigenista en la Tarahumara*, editada bajo el título “*El indigenismo en La Tarahumara*”.

Es difícil calcular cuál de sus dos campos temáticos colectó el mayor número de citas; tengo la impresión de que sus investigaciones sobre el indigenismo llegaron más lejos (a Estados Unidos y Sudamérica) pero sobre la minería profundizó y le era más cercana: cada que las circunstancias lo permitían, volvía sus ojos al socavón.

Desde una faceta regional también detectamos su impacto. En tres partes del país se dejó sentir vivamente su obra: primero fue en el ámbito minero de Pachuca; todo aquel que escribiera sobre esa zona lo refería sin miramientos, si bien hay que aceptar que en los últimos años fue diluyéndose su influjo. El segundo fue el norte minero, ese que corre de Cananea a Nueva Rosita, que contiene a Parral, Santa Bárbara y Palau. El tercero, con el que marcó su presencia en la ENAH Chihuahua, fue la Sierra Tarahumara.

No nos extrañó que predominaran las citas a Sariego en revistas mexicanas (*Historia Mexicana*, *Relaciones*, *Desaca-*



Imagen 8. Juan Luis en Las Palmas de Gran Canaria.

tos), pues casi siempre optó por publicaciones nacionales y desdeñaba escribir en inglés. A veces era algo terco. Por ello nos agradaba verlo en *Latin American Research Review*, *Labor History* o el *American Hispanic Historical Review*. Lo que ya resultaba chocante era fichar artículos en revistas cuyos títulos apenas podíamos traducir o ubicar. ¿Qué decir de *Rethinking Development & Inequality* de Sudáfrica, en los ensayos ocasionales del Instituto de Economías en Desarrollo de Chiba (Japón) o en la publicación berlinesa de larguísimo nombre *Mexicon: Aktuelle Informationen und Studien zu Mesoamerika*?

Como a todo investigador, verse citado le causó un suave orgullo; es una bonita caricia al ego y una satisfacción saber que tanto trabajo sirve a otras personas. Creo que su mayor sensación de placer surgía al descubrirse en las tesis. Fieles a la instrucción que dicta CONACYT, fueron expurgadas de su colección las citas incluidas en las tesis que dirigió. Decenas de alumnos de licenciatura y posgrado fueron borrados, aunque muchos reaparecieron en la lista de libros por haberse publicado posteriormente sus textos. Desde las universidades yucatecas hasta las norteñas y tapatías, para decenas de investigaciones escolares se leyeron sus trabajos. A veces da la impresión de que se le prestó más atención en la capital mexicana, pero creo que sólo es por el mayor número de egresados de sus instituciones y por sus repositorios más organizados. En no pocas ocasiones, consultar una biblioteca de universidad estatal es aventura digna de cualquier romance caballeresco.

El acceso más o menos público de las disertations de universidades estadounidenses facilitó localizar sus citas. El avanzado proceso de digitalización fue una bendición y así pudimos verificar que primero fue citado (desde inicios de la década de 1980 en torno a la minería) en tesis extranjeras que en las nacionales, algo que poco a poco se revierte gracias a la internet.

Buscando su nombre en tantos textos también pudimos reírnos un poco. Por ejemplo, ese empeño en rebautizarlo como “José Luis Sariago” o su recurrente aparición en los trabajos de colegas y amigos como Luis Reygadas o Francisco Zapata e incluso, esa mezcla de desasosiego y suficiencia que le provocaba el hallarse en la bibliografía de *Culturas híbridas* de García Canclini (sensación que bien comprenderá todo aquel que nade en la Antropología).

Inicios de 2015. Para no correr riesgos, cuando volvió la cíclica evaluación del SNI ya estábamos preparados con nuestra colección actualizada. Después de año nuevo me envió un mensaje: “Esto me va a servir de mucho. Estoy saliendo de España para Chihuahua y espero nos veamos a fines de mes. Mil gracias Raúl por todo tu empeño en lo que hiciste para mí y que todo vaya bien con la familia”. No pudimos vernos. La última relación de citas que le preparé ya no pudo ser entregada a CONACYT. Me quedé con el escrito en las manos y su amistad en el corazón.



Imagen 9. Juan Luis en el Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, (IHEAL), París 2008.